

NOTAS SOBRE LA RECEPCIÓN DE "LA REGENTA": LECTOR IMPLÍCITO Y LECTURAS REALES

Luis GALVÁN
Universidad de Navarra

BIBLID [0213-2370 (1999) 15-2; 401-412]

Por su sintaxis narrativa y por ciertos elementos semánticos, que difieren de los patrones corrientes en su época, "La Regenta" puede entenderse como una reflexión acerca de la libertad y la temporalidad del hombre. Sin embargo, no se leyó con este sentido en el momento de su publicación, sino como un estudio de tipo naturalista. El motivo pudo residir en las expectativas de los lectores en relación con Clarín, expectativas que dieron lugar a que otros aspectos de la novela recibiesen mayor atención.

Because of its narrative syntax, and some semantic elements, which differ from usual patterns of contemporary novels, "La Regenta" might be understood as a reflection on the articulation of human freedom in time. However, at the moment of its first public appearance, it was not read in this way, but as a naturalistic experiment. The reason could be the expectatives of contemporary readers about Clarín, which led them to focus on other aspects of the novel.

CUANDO SE PUBLICÓ *LA REGENTA*, la crítica literaria—inmersa en un debate acerca del naturalismo—apreció en la novela características similares a las del realismo y el naturalismo franceses; especialmente se recordó a Zola y a *Madame Bovary*. Posteriormente, han aparecido estudios sobre la semejanza de la novela de Alas con *Madame Bovary*, de Flaubert, *El crimen del padre Amaro* y *El primo Basilio*, de Eça de Queirós, *La conquista de Plassans*, de Zola, y *Tormento*, de Galdós: todas ellas tratan de adulterios o de sacerdotes corruptos.¹

Esta atención a las relaciones con determinada escuela o con ciertas novelas parece haber llevado al olvido (en la época de su publicación, y en investigaciones posteriores) de sus divergencias. Y *La Regenta* presenta rasgos originales, particularmente en la organización del tiempo, que hacen pensar en un sentido también original: las consecuencias del uso de la libertad en el tiempo, al configurarse irrevocablemente la existencia humana.

Novedad de forma y de sentido

María del Carmen Bobes Naves (1985) ha señalado el interés que ofrece el último segmento de la novela.² Es un final hasta cierto punto abierto, y de fuerte carácter recurrente, que se entiende como un intento de vuelta atrás en

la vida, por encima de todo lo que ha ido sucediendo en el transcurso de la historia; pero el intento fracasa. Por tanto, aunque se puede seguir viviendo, la apertura no es total: el propio vivir ha cerrado algunos caminos. "El tiempo humano transcurre linealmente: los tres años que ha vivido Ana Ozores en el discurso de la novela demuestran que el hombre avanza siempre en una dirección: lo hecho, hecho está" (Bobes 1985, 22).

Además, hay que añadir que se trata de un final original: las novelas citadas arriba tienen un final cerrado: en *Madame Bovary*, *El primo Basilio* y *El crimen del padre Amaro* muere la adúltera; en *La conquista de Plassans*, el sacerdote; *Tormento* es diferente: el sacerdote desaparece y su amante es recogida por un novio filantrópico que le permite rehacer su vida en otro lugar.

Por tanto, el último capítulo de *La Regenta* supone un rasgo novedoso que no puede entenderse en función de antecedentes: es una provocación para el lector, le pide una interpretación, le ofrece un sentido. El que propone Bobes Naves es coherente con el texto.

En *La Regenta* hay otro rasgo organizativo nuevo, ajeno a los "modelos" señalados: las retrospectivas son extensas e importantes. La que atañe a Ana Ozores ocupa parte del capítulo III (como recuerdo de ella, presentado en estilo indirecto) y los capítulos IV y V (en voz del narrador). La vida del Magistral se cuenta con menos detalle: sólo ocupa catorce páginas (I, 547-560); pero ya desde antes (I, 401, 410, 536) se viene creando expectación acerca de ella, de modo que pueda atraer la atención del lector.

A diferencia de *La Regenta*, sólo dos de las novelas antes mencionadas tienen referencias a la infancia: *El crimen del padre Amaro* cuenta la vida de Amaro, arrancando desde el principio para hacer ver su falta de vocación sacerdotal. Por el orden temporal y por el carácter de justificación causal es diferente del caso de *La Regenta*. En *Madame Bovary*, el capítulo IV relata muy brevemente la educación de Emma en un convento. Se centra en la formación de su temperamento, lo cual coincide con lo que sucede a Ana Ozores. Los segmentos retrospectivos de una y otra novela terminan con la boda de la protagonista, pero la actitud de las dos mujeres es muy diferente: Emma cree que se van a realizar sus sueños, en tanto que Ana es consciente de que el matrimonio supone la abolición de las expectativas de algo extraordinario. Además, la mayor extensión del segmento en *La Regenta* permite que tenga mucho mayor contenido, como se verá.

Las retrospectivas de la novela de Clarín suponen una fuerte presencia del pasado en el presente de los personajes. "La funcionalidad del pasado radica en su capacidad para explicar el presente (...) *La Regenta* avanza en un presente que incorpora el pasado a medida que le hace falta" (Bobes 1987, 252-253). Y no parece que se entienda este proceso al modo naturalista, como una de-

terminación de la herencia sobre la conducta. El énfasis mayor se encuentra en la educación, en la *autopoiesis*: un proceso formador de la persona por asunción de objetivos, por interiorización de experiencias, que pasan a ser constitutivos del sujeto, y por tanto no cabe la vuelta atrás: no se puede dejar de ser lo que se ha decidido ser. "Estar en el tiempo, implica pues que el hombre *se va* realizando a sí mismo, en forma de *proceso*"; la voluntariedad es imprescindible, y el riesgo inevitable: "existir implica elegir, y todo elegir es un elegirse (...). En la elección, el hombre 'se la juega', porque en ella se puede realizar el propio yo o perderlo" (Arregui y Choza 379, 389). Aquí se encuentra una clave para interpretar este relato. Sin negar con ello, claro está, la influencia de circunstancias externas:

La anécdota de *La Regenta* se presenta como un *ejercicio de libertad*, y, por esta razón se cuenta en presente que avanza a medida que la protagonista *elige* su vida dentro de las circunstancias en las que vive y que le imponen unos condicionamientos personales, familiares, sociales.

(Bobes 1987, 261)

Libertad y tiempo

Para examinar esta cuestión puede hacerse un contraste con la doctrina naturalista. De las lecturas que ha tenido esta novela, la naturalista es la que ofrece un sentido más cercano al que ahora se plantea (las demás aluden principalmente a contenidos, más que a sentidos).³ Como se verá, en la narración retrospectiva de las vidas de Ana y de Fermín se encuentra mayor énfasis en la actitud personal que en la influencia de la herencia y del medio.

Respecto de la determinación de la herencia, Ana no tiene taras hereditarias; sí sufre al nacer una pérdida importante, la de su madre, y esto la impulsa, efectivamente, al ensueño y a la exacerbación de la sentimentalidad. Pero no es el único factor que se ha de tener en cuenta, ni se reduce Ana Ozores a este rasgo de temperamento.

Que su madre fuese de baja extracción no repercute en la vida de la muchacha: "Se la admitió sin reparo en *la clase* (...). Nadie se acordaba de la modista italiana". Una calumnia hacía de aquella mujer una bailarina italiana; quien quiere atribuir a esta condición de la madre algún rasgo extraño de la hija queda en ridículo ante el lector. Por ejemplo, aparece el siguiente comentario sobre las poesías que compone: "los versos eran libres (...) -¿Conque indecentes, libres? ¡Quién lo dijera! La bailarina..." (I, 225, 232). Cuando caiga en el adulterio, esa referencia caracterizará un comentario estúpido de la aristocracia hipócrita: "¡Es necesario aislarla..! ¡Nada, nada de trato con la *hija de la bailarina italiana!*" (II, 527).

Podría considerarse la educación como parte de la herencia. Pues bien, la protagonista no se doblega ante las imposiciones de su aya, doña Camila, ni admite las ideas de su padre, y siente asco ante las enseñanzas de sus tías. Doña Camila y don Carlos evitan inculcarle ideas religiosas: "Nunca le habían enseñado la religión como un sentimiento que consuela (...). En este particular don Carlos aprobaba el criterio de doña Camila". Él prefiere enseñarle mitología, y "llegó a conocerla Anita como en su infancia la historia de Israel", pero "aquel inoportuno estudio del desnudo clásico no causó estragos" porque "la impresión más fuerte (...) fue puramente estética (...) gracias a ella [su fantasía], no a don Carlos" (I, 197, 199). Luego, ella misma elegirá las lecturas que le interesan de la biblioteca de su padre: San Agustín y Chateaubriand. Allí encontrará unas ideas religiosas que no se aprecian en su entorno, y sin embargo optará por ellas. A veces, la educación no sólo no le gusta, sino que llega a causarle dolor, de modo que el rechazo es definitivo: cuando sus tías la instruyen en el "ten con ten" que debe mantener en el trato con los hombres, ella no lo acata, sino que "lloró en su lecho" (ver I, 202, 206, 226-230). Y no solamente no se somete a quienes intentan educarla, sino que piensa en transformarlos: "¡Su padre era maniqueo! (...) Pero su padre llegaría a convertirse!" (I, 205).

La influencia del medio no parece ser determinante sobre Ana Ozores. Ella rechaza el ambiente que la rodea, consciente y voluntariamente: "se había convencido de que estaba condenada a vivir entre necios", y su sentimiento de derrota nace de su propia conciencia: "creía en la fuerza superior de la estupidez general" (I, 231). Lo cual no significa que ceda: el amor "prefería perderlo a profanarlo"; "entre ella y los jóvenes de la sociedad en que vivía, pronto había puesto el orgullo de Ana y la necedad de los demás un muro de hielo (...). Si alguno había querido tratarla como a Obdulia, pronto había encontrado un desdén altivo y una ironía cruel capaces de helar una brasa" (I, 247).

No parece que predomine una consideración determinista del devenir humano. Se pueden leer muchas referencias a la voluntariedad en la formación de Ana: "Se había equivocado (...). Lo mejor era huir del hombre. No quería más humillaciones", la vemos decidir en estilo indirecto libre (I, 200). Y en casa de sus tías "Ana comprendió su obligación inmediata (...). Toda su voluntad la empleó en procurar cuanto antes la salud" (I, 220). Respecto de la elección de marido, le repugna la idea de seducir a un noble rico y "prefirió creer a su tía: aquellos aristócratas interesados no eran maridos posibles" (I, 235). Y cuando se le propone como marido a un indiano rico, ella lo rechaza: "no se murió de gusto", porque prefería a otro, y tomó medidas para solucionar el asunto según su voluntad: "escribió a Frígilis" (I, 243, 244). Con esta decisión escapa del matrimonio al cual la consideraban destinada, por su clase

y fortuna, tanto sus tías como las jóvenes de Vetusta (I, 225-226), para casarse con don Víctor.

Así pues, las enseñanzas y el entorno sólo influyen cuando son asumidos por la protagonista, y no por una fuerza causal propia. Lo mismo sucede con algunos acontecimientos de su vida: de la aventura con Germán, aunque "ya nadie se acordaba", sí "se acordaba y mucho Ana misma": por eso aprende la malicia y el disimulo, y decide olvidarse de los hombres (I, 195). En comparación, el encuentro con don Álvaro el día en que este se iba a Madrid no tuvo consecuencias porque Ana "al mes ya no se acordaba" (I, 236).

El final de la retrospectiva está especialmente señalado como cierre de una etapa, con todas sus consecuencias morales y psicológicas. El matrimonio, ya se ha visto, ha sido una elección de Ana, y ella misma es consciente de lo que entraña, pues son sus pensamientos, en estilo indirecto libre, los que hacen saber: "Y ahora estaba casada. Era un crimen (...) pensar en otros hombres. Don Víctor era la muralla de la China de sus ensueños (...). Todo había concluido... sin haber empezado" (I, 248). Puede notarse que los pensamientos del personaje se comunican de una manera más inmediata en estos puntos cruciales (lo mismo sucederá con Fermín de Pas). Parece otro modo de insistir en la subjetividad.

En la vida del Magistral sí ha habido una influencia especialmente poderosa: la de su madre. "Ella le había hecho hombre". Sin embargo, no puede decirse que él se haya limitado a dejarse hacer: ha asumido sus objetivos. Su actitud ante el medio es clara: "el espectáculo de la ignorancia, del vicio y del embrutecimiento le repugnaban hasta darle náuseas"; conoce la forma de escapar, y se aplica a ella: "devoraba los libros y ansiaba lo mismo que para él quería su madre: el seminario, la sotana, que era la toga del hombre libre, la que le podía arrancar de la esclavitud" (I, 547). Se señala la diferencia entre su situación anterior y la presente (no exactamente en la narración retrospectiva, pero sí poco antes e inmediatamente después): "Don Fermín no era aficionado a contemplar la noche serena; lo había sido mucho tiempo hacía, en el Seminario, en los Jesuitas y en los primeros años de su vida de sacerdote (...). Después la vida le había hecho hombre"; "¡Qué cosas tan nuevas, o mejor, tan antiguas, tan antiguas y tan olvidadas estaba sintiendo! (...) Pero ya no eran tristezas místicas" (I, 536, 560).

Como la Regenta, el Magistral es consciente de que el modo en que ha construido su vida entraña unas obligaciones: "se encerró en su despacho a repasar en la memoria todo lo que él sabía de los sacrificios que aquella mujer fuerte había emprendido y realizado por él, por que él subiera, por que dominase y ganara riquezas y honores. —¡Sí, era un ingrato!" (I, 554). Con esto, con supuestos agradecimiento y amor a su madre, intentará cohonestar su ambi-

ción y su delito de simonía. Encontramos, por tanto, una voluntad decidida en el Magistral; voluntad que actúa (no podía ser de otro modo) en relación con el entorno físico y moral.

En esta breve narración de la vida del canónigo hay otros casos ejemplares: la propia Paula Raíces aprende lo que vale el dinero, descubre dónde puede conseguirlo y se aplica para lograr el puesto de ama de cura (I, 548-549); el párroco a quien Paula sirve quiso abusar de ella y "un momento de flaqueza en la soledad le costó (...) muchos años de esclavitud", de modo que luego predicaba: "un momento de debilidad te pierde, pecador (...), te cuesta la salvación (y todos tus ahorros, y la paz del hogar, y la tranquilidad de toda la vida, añadía para sus adentros)" (I, 550, 552). Y el que habría de ser Obispo de Vetusta, al aceptar a Paula como ama de llaves, se convirtió en su esclavo (I, 558).

El contenido del relato parece apuntar, pues, hacia lo mismo que sugiere la propia presencia de la narración del pasado en una novela que cuenta una anécdota sencilla en esencia. La vida entera de los personajes está ahí porque forma parte de ellos, porque permite *comprender* (mejor que *explicar* o *determinar*) cómo son y cómo se comportan. Han llegado hasta un punto y no pueden hacer lo que harían si se encontrasen antes de él. Ana ha exacerbado su temperamento con lecturas y actitudes, y ha contraído un matrimonio que no la satisface; y en vez de buscar la felicidad en su estado se lanza a imaginarla en combates espirituales, disfruta con la tentación y acaba cayendo;⁴ Fermín ha decidido hacerse sacerdote y no puede querer a una mujer, ha practicado la simonía y se ha llenado de pensamientos de soberbia, y ya no logra ser un director espiritual adecuado, aunque sueñe con ello.⁵ Ana y Fermín no se comportan como lo que son, como lo que decidieron ser.

Se ha entendido como naturalismo el hecho de que el pasado sea "forjador y determinante de su personalidad actual [de Ana Ozores]", y en él se descubran "condicionamientos fundamentales de su carácter" (Beser 1982, 50-51). La interpretación de Martínez Torrón es similar: *La Regenta* es una novela naturalista, que propone un "determinismo moral": señala la "opresión que un medio social/ moral ejerce sobre un individuo hipersensible". La inversión temporal sería un recurso para explicar motivos y antecedentes, de modo que resulte manifiesto "cómo actúa sobre los personajes su biografía espiritual pasada" (ver 616, 624, 620). El caso es que, en los textos que se han citado arriba, la protagonista "se determina", más bien que "es determinada".⁶

A lo largo de toda la novela pueden encontrarse alusiones a la actividad personal y al carácter irreversible de las actuaciones del pasado: "¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios (...)? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar" (I, 107), piensa el Magistral mientras contempla la ciudad.

Álvaro Mesía, ante un desplante de la Regenta, se pregunta "¿Quería dar [Ana] por nulo todo lo que ambos sabían, las citas (...)? ¿Quería negar valor a las miradas (...)" (I, 363); luego pensará ella "en lo que mediaba entre ambos (...), en tantas citas implícitas" (I, 489). Y la libertad interior no se pierde, aunque se ceda a presiones: "se somete a todo, pero por dentro siempre protesta", es la advertencia de Ripamillán a De Pas sobre Ana Ozores (I, 389). El propio Magistral se da cuenta de que ha cambiado a lo largo de su vida: "recordó sus años de estudiante (...) lleno de pura fe (...) con amoroso entusiasmo, dispuesto a sacrificarse *en Jesús...* ¡Todo aquello estaba tan lejos! No le parecía ser el mismo" (I, 401). Reacciona con energía: "no he de empezar ahora a vivir de nuevo. Hay que seguir siendo el mismo" (I, 437). Más tarde, su propia actividad habitual lo hace capaz de mantener la firmeza en una situación difícil: "el recuerdo de su madre por un lado, la presencia de aquellos testigos ordinarios de su frescura, de su habilidad y firmeza, por otro, y en gran parte la fuerza de la inercia, la costumbre, le mantenían en su puesto; fue el de siempre" (I, 469).

En el capítulo XVIII hay varias referencias al efecto que la lluvia produce en Ana Ozores. Retrasa los planes del Magistral porque ella se encierra en casa, completamente apática. Sin embargo, después de hablar con Fermín se decide a iniciar la actividad que él le propone: su voluntad lucha por sobreponerse. La vida de devoción no la hace feliz, pero no por influencia de la lluvia, sino por motivos más complejos: no la movía una intención recta, una piedad sincera, sino que lo hacía por gratitud hacia el Magistral; y así, su espíritu frágil no pudo superar el desagrado que le causaba el ambiente (II, 139-149): siempre hay una mezcla de disposiciones subjetivas y de circunstancias.

Hacia el final, cuando ya se precipitan los acontecimientos, vuelven las referencias a la influencia que los hechos y las decisiones ejercen sobre los personajes: Ana se arrepiente de haberse comprometido a salir en la procesión: "yo soy una loca -pensaba- tomo resoluciones extremas en los momentos de exaltación y después tengo que cumplirlas cuando el ánimo decaído, casi inerte, no tiene fuerza para querer" (II, 358). Cuando ya está en relaciones con Álvaro, desea que duren para siempre porque "la idea de la soledad *después de aquello*, le parecía a la Regenta más horrorosa que en un tiempo se le antojara la imagen del Infierno" (II, 449; subrayado mío). Don Víctor, después de descubrir el adulterio, se agobia ante la idea de que debe actuar, y piensa: "¡Las ocho! Ahora debía yo despertar... y no sabría nada'. Este pensamiento le avergonzó" (II, 475); se da cuenta de que no puede evitar las consecuencias de su descubrimiento. Por fin, cuando Ana vuelve a la catedral, piensa en recuperar el pasado, más que en empezar de nuevo: "¡Ay si renaciera la fe! (...) Volver a aquella amistad ¿era un sueño? (...) Ana pidió de todo corazón a Dios (...) que el Magistral fuera el hermano mayor del alma en quien tanto tiempo había

creído y no el solicitante lascivo que le había pintado Mesía el infame" (II, 533-534). Se piensa en lo que sucedería si las cosas fuesen, o hubiesen sido, de otra manera.

"La Regenta" en su tiempo

La presencia de la narración retrospectiva de la vida de los protagonistas es aún más notable por el hecho de que no suele darse de ese modo en la narrativa de la época. Ya se ha señalado que es ajena a los supuestos "antecedentes" de *La Regenta*. En las novelas contemporáneas, la infancia sólo se presenta en aquellas que tratan de la vida de un personaje en particular; y generalmente se narra en orden cronológico. Así se encuentra en *El buey suelto*, *La tribuna* y *Pedro Sánchez*. Es normal que se haga una breve retrospectiva para presentar a algún personaje: así sucede en *Pepita Jiménez* (en la primera carta), *Doña Perfecta* (capítulo III), *La familia de León Roch* (XIV), *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (III, IV, VI), *De tal palo, tal astilla* (IV y VII), *Lo prohibido* (V-2), *Los pazos de Ulloa* (IV), *El idilio de un enfermo* (II), *El amigo manso* (II), *El Cisne de Vila-morta* (II y XII), *José* (IV). No aparece ninguna retrospectiva en *La de Bringas*, *El doctor Centeno*, *El señorito Octavio*, *Sotileza*, *Doña Luz*, *Las ilusiones del doctor Faustino*, *Marta y María*, *El sabor de la tierra*, *La desheredada*. En *Un viaje de novios* hay una bastante extensa, pero de naturaleza diferente, ya que contiene, principalmente, algunas escenas, no un sumario de toda la historia precedente. En *Gloria* el pasaje retrospectivo es más breve, pero más parecido a los de *La Regenta*, ya que narra la educación de la protagonista; se atiende sobre todo a su formación intelectual —gobernada por su padre y por el azar—, a diferencia del proceso integral de Ana Ozores.

Puede decirse, por tanto, que la aparición de largas y señaladas retrospectivas —cuyo contenido específico se ha analizado arriba— no había de resultar habitual al lector de la época, como tampoco lo sería el final en cierta medida abierto y recurrente. Ya se ha indicado cómo difiere *La Regenta* del final de sus supuestos modelos. Además, muchas novelas de las citadas arriba acaban con un cierre perfecto (muerte o epílogo); más escasa es la circularidad: sólo se encuentra en *Marta y María* y en *El doctor Centeno*. Estas no tienen las marcas que presenta la última parte de *La Regenta* (ver Beser 1982, 31), y las dos dejan cerrados los conflictos de sus protagonistas. En consecuencia, finales como el de la novela de Alas no se daban en la narrativa de su tiempo. Esta ruptura con lo habitual pedía a su público una interpretación, que bien podría haber sido la que se expone arriba; estaría refrendada por las referencias a la voluntad personal que se han recogido: el contenido de la novela, la organización temporal

de la narración y la relación con el entorno literario la sustentan. A pesar de ello, dicha interpretación no se produjo en la época de la aparición de *La Regenta*. En la selección de artículos de la crítica recogida por María José Tintoré (115-288), se observa que, de un total de veinticinco, diez hacen referencia, más o menos explícita, al naturalismo ("novela de la escuela de Zola", "tratado médico", "novela científica", etc.), otros dos hablan de su "escuela" o "tendencia" (que dan por sobreentendida), y casi todos utilizan términos como "estudio" o "análisis". Nadie opina que no sea naturalista. Sólo Jerónimo Vida señala lo peculiar de la ordenación temporal, pero no llega a atribuirle ningún sentido; al contrario, la critica como un defecto (Tintoré 166).

Parece que las lecturas se guiaban por intereses muy concretos, y se descubrió solamente parte de lo que la novela encerraba. La razón pudo ser que la opinión pública estaba inmersa en el debate sobre el naturalismo. En 1882 escribía Clarín una serie de artículos titulada *Del naturalismo*, y Emilia Pardo Bazán trataba el mismo tema en *La cuestión palpitante*. El tema del naturalismo tuvo una fuerte presencia en los medios intelectuales (ver Martínez 589-599); políticos e intelectuales manifestaron interés en difundir el ideario positivista, pero también hubo fuertes reacciones en contra (ver Caudet). A pesar de que no se produjo un arraigo generalizado de estas ideas, parece que se configuró un horizonte de expectativas relativo a los participantes en la polémica: esta situación afectó a Alas, y esto sin tener en cuenta los matices que el propio autor había expresado, por ejemplo en *Del naturalismo* y en el prólogo de *La cuestión palpitante*, entre otros textos (ver Beser 1968, 312-328). A pesar de tales matizaciones, "para sus contemporáneos, Clarín fue el máximo representante español del naturalismo" (Beser 1968, 316). La reacción del público, cuando se encontró con su novela, fue coherente con esa imagen: la leyó como ensayo de naturalismo, ya que "el autor es percibido estéticamente como un todo. Los lectores, y (...) también los críticos (...) se forman (...) una concretización generalizada del autor" (Vodicka 39). Además, sin duda el lector pudo encontrar muchos materiales propios de la estética naturalista:⁷ atención a lo corporal, a lo fisiológico, a las enfermedades, a la medicina; descripciones del entorno material y moral, de manera realista: las calles y los paseos, la lluvia, las casas de la aristocracia y el casino, la murmuración en todas partes, la ausencia de valores; incluso se detiene en detalles sórdidos; es indudable la influencia del entorno en la historia: nadie quiere a Ana Ozores, algunos personajes tienen interés en corromperla. De este modo, no era fácil que se prestase suficiente atención a las novedades que aportaba *La Regenta*, al sentido que podía ofrecer.⁸

"Una obra literaria puede romper las expectativas de sus lectores por medio de una forma estética insólita y ponerlos al mismo tiempo ante pro-

blemas de cuya solución les era deudora la moral sancionada" (Jauss 210). En este caso, el texto podía responder a una pregunta olvidada por el sistema positivista y la estética naturalista, una pregunta por el papel del sujeto en la elaboración de su propia vida; ofrecía nuevas ideas sobre la articulación de la libertad y el tiempo: en este aspecto, la novela "compensa los déficits de orientación en las relaciones humanas, producidos por los sistemas dominantes de la época" (Iser 184). Sin embargo, la obra quedó sumida en el horizonte de expectativas dominante, producido por una ruidosa polémica. Sea porque fuese insuficiente el grado de distanciamiento, o porque fuese demasiado fuerte la inercia de la opinión pública, el caso es que *La Regenta* se leyó como modelo de novela naturalista (desde su prólogo a la segunda edición hizo Pérez Galdós una defensa del naturalismo), y ha dado pie a un intenso debate acerca de la presencia de este movimiento en la literatura española.

NOTAS

1. Se ha examinado el "bovarismo" de Ana Ozores (Clavería); y la semejanza entre personajes de *La Regenta* y de *Madame Bovary* (Lafitte), así como entre detalles concretos (Sobejano 1981). Se han visto notables coincidencias con la historia narrada en *El primo Basilio* (Garca Álvarez). También se observa similitud en la configuración actancial y temporal con *La conquista de Plasasans* (Gross-Castilla), y se han comparado los personajes de las dos novelas (Rodríguez Bravo). Más recientemente, Paula Préneron ha estudiado la relación entre *La Regenta* y *Madame Bovary* con otra perspectiva, llegando a la conclusión de que la novela española es una parodia de la francesa, a la que se contraponen en muchos aspectos. Según Préneron, *La Regenta* tiene el objetivo de defender "los valores tradicionales", "la ideología tradicional española" (316, 318) frente al efecto corrosivo que podía tener *Madame Bovary*.
2. También Gonzalo Sobejano (1989) ha señalado la importancia del final, desde el punto de vista de la historia y la trama, para entender el sentido de la novela.
3. Se habla de "novela de costumbres", porque incluye alguna "descripción particularizadora de la vida cotidiana"; de "estudio social", porque "Vetusta reproduce una realidad física concreta", a la vez que abarca "una realidad moral mucho más universal": "el mundo de provincias"; de "estudio psicológico", porque se aplica a "analizar la formación y el desarrollo de las revoluciones del sentimiento y la voluntad". Con esto se expone el contenido semántico de la novela ("de qué" está hecha), pero no su carácter pragmático ("qué" hace la novela), ni la posibilidad de aplicación hermenéutica. Los naturalistas hacen "un experimento": se estudian los caracteres, "deseando hallar justificada su conducta" (ver Tintoré 83-109). Por supuesto, los términos *análisis*, *estudio*, usados arriba, están ligados a la novelística del naturalismo.
4. En algún momento ella misma se justifica atribuyendo buenas intenciones al seductor; recurre entonces a un hipotético *antes de*: "de fijo que aquel hombre hubiera preferido encontrarla soltera" (I, 509).
5. Agitado por la emoción que siente al pensar en Ana, piensa Fermín: "¿No valdrá más la conquista del espíritu de esa señora que el asalto de una mitra, del capelo, de la misma tiara?" (I, 401-402). Cuando va siendo más consciente de sus sentimientos, piensa ya: "Él era cura, cura, una cosa ridícula, puestas las cosas en el estado a que habían llegado" (II, 396). Es notable en qué se convierte aquella sotana que había considerado "toga del hombre libre" (I, 547): "él, atado por los pies con un trapo ignominioso, como un presidiario, como una cabra, como un rocín libre en los prados (...) disfrazado de anafrodita" (II, 464).

6. Contra el determinismo se manifiestan José Luis López Aranguren y Jean Bécarrud, por ejemplo. En cambio, Frank Durand afirma que "no existe la posibilidad de libertad individual" (19). Probablemente, el recurso a los textos aclare la cuestión mejor que una hipotética "investigación de causas" de "lo que sucede en la novela".
7. Baquero Goyanes afirma que no faltan en *La Regenta* "los ingredientes más típicos del naturalismo al uso" (193), aunque no por eso la engloba "dentro del estricto y zolesco naturalismo" (192).
8. Sin embargo, en Francia —con otros horizontes— se había tachado *La Regenta* de "espiritualista" (Caudet 531).

OBRAS CITADAS

- Alas, Leopoldo. *La Regenta*. Ed. Gonzalo Sobejano. 2 vols. 5ª ed. Madrid: Castalia, 1989.
- Arregui, Jorge Vicente y Jacinto Chozza. *Filosofía del hombre*. Madrid: Rialp, 1992.
- Baquero Goyanes, Mariano. "Exaltación de lo vital en *La Regenta*". *Archivum* 2 (1952): 189-219.
- Bécarrud, Jean. "Una segunda lectura de *La Regenta*". *Ínsula* 451 (junio 1984): 5.
- Beser, Sergio. *Leopoldo Alas, crítico literario*. Madrid: Gredos, 1968.
- . "Introducción". *Clarín y La Regenta*. Ed. Sergio Beser. Barcelona: Ariel, 1982. 9-93.
- Bobes Naves, María del Carmen. "*La Regenta* desde la Estética de la Recepción". *Letras de Deusto* 10.32 (mayo-agosto 1985): 7-24.
- . "Valor sémico del tiempo en *La Regenta*". *Clarín*. 247-265.
- Caudet, Francisco. "Clarín y el debate sobre el naturalismo en España". *Nueva Revista de Filología Hispánica* 42.2 (1994): 507-548.
- Clarín y "La Regenta" en su tiempo. Actas del simposio internacional. Oviedo, 26-30/ XI/ 1984*. Oviedo, 1987.
- Clavería, Carlos. "Flaubert y *La Regenta* de Clarín". *Hispanic Review* 10 (1942): 116-125.
- Durand, Frank. "El crimen religioso y ético de Ana de Ozores". *Cuadernos del Norte* 23, extra (enero-febrero 1984): 19-24.
- García Álvarez, María Teresa Cristina. "Eça de Queirós y Clarín, cotejo entre *El primo Basilio* y *La Regenta*". *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach*. Vol. 4. Oviedo: Universidad de Oviedo. 419-425.
- Gross-Castilla, Amanda. "Lo que *La Regenta* debe a Émile Zola". *Clarín*. 505-515.
- Iser, Wolfgang. "La realidad de la ficción". *Estética de la recepción*. Ed. Rainer Warning. Madrid: Visor, 1989. 165-195.
- Jauss, Hans Robert. "La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria". *La literatura como provocación*. Barcelona: Península, 1976. 131-211.
- Lafitte, Georges. "*Madame Bovary* et *La Regenta*". *Bulletin Hispanique* 45 (1943): 157-163.
- López Aranguren, José Luis. "De *La Regenta* a Ana Ozores". *Estudios literarios*. Madrid: Gredos, 1976. 177-211.

- Martínez Torrón, Diego. "El naturalismo de *La Regenta*". *Clarín*. 587-628.
- Préneron Vinche, Paula. "*Madame Bovary*" - "*La Regenta*", *parodia y contraste*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1996.
- Rodríguez Bravo, Juan L. "*La Regenta* y *La conquista de Plassans*. Notas sobre una posible relación". *Revista de Literatura* 94 (1985): 179-186.
- Sobejano, Gonzalo. "*Madame Bovary* en *La Regenta*". *Los Cuadernos del Norte* 2.7 extra (mayo-junio 1981): 22-27.
- . "*La Regenta*: de su final a su finalidad". *Homenaje al profesor Antonio Vilanova*. Ed. Adolfo Sotelo Vázquez y Marta Cristina Carbonell. Vol. 2. Barcelona: Departamento de Filología Española de la Universidad de Barcelona, 1989. 699-724.
- Tintoré, María José. "*La Regenta*" de *Clarín* y la crítica de su tiempo. Barcelona: Lumen, 1987.
- Vodicka, Felix. *La historia literaria: sus problemas y tareas*. Valencia: Episteme, 1995.